

LINDAURA ANZOATEGUI DE CAMPERO

COMO SE VIVE EN MI PUEBLO

(Cuadros de costumbres)

Por

El Novel

POTOSI —1892

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz – Bolivia

INDICE

[UNA DIVERSION CUOTIDIANA.](#)

[EL PICADILLO DE CADA DIA.](#)

[UNA DE TANTAS](#)

[EN ÉPOCA DE ELECCIONES.](#)

[ENTRE COMPADRES.](#)

[EPÍLOGO.](#)

COMO SE VIVE EN MI PUEBLO
(Cuadro de costumbres).

Relacion tan sencilla como cierta, que, probablemente, no llegará nunca á conocimiento de la Autoridad Eclesiástica, ni del Gobierno, ni de la Representacion Nacional; pero, á cuyos altos respetos la dedica humildemente,

Su modesto autor

El Novel.

I

UNA DIVERSION CUOTIDIANA.

—¡Ea, muchachas!: ya tenemos aquí á D. Pacomio. Trabajillo me ha costado sacarlo de casa de la Pepa: están allí en una quema (Borrachera) que no se entienden.

—Oiga, D. Pacomio, ¿se creyó U. que la chicha de esta saca no era tan buena?

—¡Viva! ¡viva D. Pacomio!

—Como que se pinta él sólo para hacer hablar á la guitarra.

—Déle U., D^a. Pancha, una tacita de caliente para que remoje la garganta; y despues, á cantar.

—Que se empiece por un bailecito para alegrar á las mozas... Pero, ¿dónde demonios anda la guitarra?

—Aquí está.

—Vaya, D. Pacomio; no hay que andarse con melindres, que aquí está U. entre tan buena compañía como en la otra casa.

—Empiece U., que yo le llevaré el falsete.

—Un momento, señores. Tomo este vaso de chicha á la salud de la concurrencia.

—¡Bravo! ¡bravo!

—¡Ea!: adelante las parejas y ponerse bien en facha.

Este mozo que baila

Está en ayunas,

Maten una gallina,

Dénle las plumas.

—¡Bien! ¡bien!

—Otro, otro.

—Pido barato (Repeticion del baile con otra pareja.)

Arbolito pocas hojas,

¿ Qué sombra puedes hacer?

Un mocito novelero

¿Qué amor me puede tener?

—¡Ola!, guitarrero de los mil diablos, yo no aguanto dos endiretas al hilo: ¿ está U?, ó tiene ganas de buscarme camorra.

—Como U. guste, mocito.

—Voy á enseñarle el modo y la manera de tratar al hijo del Correjidor.

—Y yo le enseñaré el modo y la manera de tener crianza, so mocoso.

—¡Jesús! ¡Jesús!, ¡que se matan!

—Dejarlos que desfoguen: no ha de llegar la sangre al rio.

—¡Atrás!, ¡atrás, las mujeres!

—¡Pues!, ¡si han insultado á D. Pacomio!

—Quien dice eso miente.

—Pues soy yo quién lo digo.

— U. es un animal y no otra cosa.

—Lo probaré si U. se me acerca, recibéndolo á patadas.

—Se fueron á los puños.

—¡Misericordia!

—Callen las mujeres.

—Basta, basta: no echemos á perder la fiesta. ¡Ea!, D. Pacomio; U. que es tan racional, dé el ejemplo de la concordia.

—¡Vea U. para lo que me hicieron dejar la casa de la Pepa!

—¡Calle, hombre!, que si yo no llego á tiempo, el sacristan le bailaba un zapateado sobre las costillas.

—Miente U., que era yo quién se las hubiese roto.

—¡Ja, ja, ja! ¡Miren quién es él para hacer eso!

—Venga y verá quién soy yo para cumplir lo que digo, so lameplatos del Correjidor.

—¡Charanguero de porras!. Tome este sopla-mocos, y aprenda á respetar á la gente.

—¡Adios la guitarra!

—U. va á pagárselo; ¿quién lo mete á reñir con D. Pacomio?

—¡Si él fue el que lo emprendió conmigo!

—Paz, Señores, haiga paz. Y U., D^a Pancha, muéstrese rumbosa, que yo soy el que pago el gasto.

—¡Alabancioso! ¡Y no tiene sobre qué caerse muerto!

—¡Atrébase á repetirlo!

—Mil y ciento de veces.

—¡Bellaco! Ahora vas á pagármelos todos juntos.

—¡Ave Maria! ¿Volvemos otra vez á las andanzas?

—Hay que acabar estas pendencias, que quitan el buen humor á la gente. Vamos á ver si se toca un bailecito, D. Pacomio.

—Luego dirán que estoy indireteando.

—Eso se acabó, se lo prometo á U.

—Tampoco vale ya la guitarra.

—¡Ea!, aunque rajada, lo que importa es que suene.

—Atencion, Señores, que empieza el fandango.

Ya salieron á bailar
Una rosa y un clavel;
Y el clavel á recojer.

—Advierta U., musicante de los infiernos, que es mi mujer la que baila.

—Vaya!, y aunque fuese la misma reina de inglaterra...

—Sébase que ni ella se deshoja ni necesita de que naides la recoja, ¿está U.?

—Yo no me meto á averiguar las vidas ajenas.

—Cuesta (Consta.) á todos que mi mujer es una mujer honrada, ¿está U.?

—Eso... U. lo sabrá... si lo sabe.

—Ja, ja, ja... ¡Bien dicho!

—Yo le quitaré las ganas á ese malcriado.

—Quítamelas, tio Juan-lanas, que aquí estoy para servirlo.

—¿Así riñen UU., que son compadres?

—Soy de pocas pulgas, ¿está U?, y no aguanto insultos.

—U. fue el primero...

—¡Ea!, ¡ea!; déñse un abrazo y se acabó.

—Que venga un vaso de chicha; tenemos la garganta como una yesca.

—Sí, sí; y despues de remojarla, siga el baile, para que se luzca la mejor moza de la concurrencia.

—¿A quién llama U. la mejor moza, Don Rudecindo?. Será, para su gusto, á la que se chanta tres polleras de portuguesa para darse caderas, ¿no?

—Y U. ¿se las pondrá de barracan para parecer un palo vestido, eh?

—Ola!, ¿con que U. era la buena moza y yo no me lo sabia?

—Pues!... sépaselo para en otra, infame, descasadora.

—¡Ai! ¡ai!, que esta ladrona me ha reventado un ojo.

—La ladrona es U., y una tal por cual.

—Callen esas mujeres.

—No me da la gana. ¡Ladrona, ladrona y más ladrona!

—Oiga! ¿Y no la vemos llegar al pueblo mas rotosa que un perejil?; y ahora ¿quiénes la visten, quienes la mantienen, quienes...?

—Te voy á arrancar esa mala lengua, serpiente venenosa.

—¡Ya se fueron á las uñas!

—¡Descomulgada!

—¡Bribona!

—Vas á morir alma y todo.

—¿No hay quién separe á esas mujeres?

—No les hagan caso, ¡si es tan divertido ver cómo se arañan!

—¡Adios!, se nos escabulló el guitarrero.

—Dejarlo: no lo hagamos valer.

—Sí: pero ¿quién toca ahora?

—¡Presente! Venga esa guitarra y adelanten las parejas.

—¡Viva el buen humor!

—Que viva, y haiga un brazo general para hacer las paces.

—Yo no puedo cantar sin un trago de lo bueno.

—Aquí lo tiene U.

—¡Ea!, que empiece el bailecito, que á mí me escuecen ya los pies.

—No, no: que sea un zapateado.

—Bailecito ha de ser, si nó *necuacam*.

—Zapateado...

—¡Atencion y silencio!

Patito quisiera ser
Chiquito y nadador,
Para...

¿para qué, comadre?

—Yaya U. á preguntárselo á su abuela.

—¿Vea con lo que sale la bruja, hija de ...!

—¡Calle, hombre!

—¡Si está mas achispao que una uva!

—¡Ya se desplomó sobre el banco!

—¡Lucidos quedamos sin tocador!

—Yo tocaré... ¡Ea!

Bolivianos helados propicios.

—¿Qué nos está U. ensartando ahí? ¿Si eso no es baile!

—Pues será baila... Je, je, je.

—¡Borracho incapaz! Se fue al suelo.

—Dejarlo que ronque.

—¿Dónde está D. Pastor? Ese rasganea su poquito.

—¡Si hace una hora que está bajo la mesa!

—¿Y D. Jacobo, pues?

—En aquel rincon, echando las tripas por la boca.

—Entonces, se acabó la música.

—A mal que no tiene remedio...

—¡Qué lástima!

—Mejor que mejor: nos aplicaremos en alma y cuerpo á la chicha para estar todos iguales; y así, no habrá zelozos.

II

EL PICADILLO DE CADA DIA.

—Parece que sigue la jarana en casa de la Pancha.

—Tambien en la de la Pepa.

¡Si hay bebida por mayor!

—Y, ¿qué milagro que está U. tan fresco?

—Le diré U., se me acabaron los reales y tuve que zafar.

—¡Qué penoso debe estar U., D. Pacomio!

—¿Penoso yo, cuando gozo de su compañía?

—No me venga á mi con ésas; ¡si sé que á todos dice U. lo mismo... Y si dejó U. la jarana, no fue por falta de reales, como dice; la causa fue que armó camorra en casa de la Pepa y despues en la de la Pancha.

—¿Le han dicho que yo tuve miedo?

—No; pero me alegro que sus riñas no hubiesen ido á más. U. es forastero, D. Pacomio, y los del pueblo han de tener siempre la razon contra U.

—¡Ya lo veremos!

—Mire; no dé el cántaro contra la piedra. El Correjidor es malazo y U. riñó con su hijo; el Cura es otro que tal, tuvo U. sus dimes y diretes con su sacristan.

—¡Me rio del Cura y del Correjidor! ¡Buenas piezas son ellos para meterme miedo!

Les sé de memoria sus pillerías y, por fuerza, tienen que considerarme.

—No se fié de eso, D. Pacomio.

—¡Bah! Querría ver que se metan conmigo, no me mordería la lengua para cantar de plano sus milagros. Sabrían hasta los sordos lo que el redomado Cura esquilma y ultraja á sus feligreses, las fiestas que les obliga á dar, dejándolos en la miseria, los derechos que pide por los entierros y casamientos, los abusos que comete con las infelices familias que no pueden pagárselos, la vaguita, el burrito, la miserable cama ó el hijo ó la hija que envía en calidad de esclavo á alguna amiga suya de la ciudad. Diría la vida escandalosa...

—Diría U. eso y mucho más, que es la pura verdad, porque esa es la historia de todos los Curas.

—En cuanto al Correjidor, ¡vaya si hay paño en que cortar! Es el primer ladron que existe, yendo á medias en las ganancias de sus cómplices, y ¡así anda la justicia!; es el tirano más cruel de los

huérfanos y desvalidos, que sólo tienen en su favor el buen derecho que los acompaña; comercia con los infelices postillones que deben servir al Estado, como con una recua de burros. Hombre depravado, soez, chismoso, borracho...

—Pero, D. Pacomio, ¿qué me dirá U. de nuevo?, ¿si esa es la historia de todos los Corregidores!; y ¡métase U. á enderezar lo que ni el Arzobispo, ni el Presidente quieren hacerlo! Ellos oyen las quejas como si oyesen llover, y si van expedientes, se les hace dormir el sueño eterno, de modo que los Corregidores y los Curas se quedan tan orondos y se les abre mayor gana de seguir impunes en sus fachorías. Y, mire U.; en vista de eso; ¿chiton?, que la sogá se rompe por lo más delgado...

—¡Si me entra un coraje!...

—Tráguelo, D. Pacomio, y ¡santas pascuas! Y, dígame ahora; ¿estuvieron bien puestas las de la concurrencia? Me han asegurado que la Eduvijes y la Concha tenían aros de perlas y polleras de gró, que no las lucían en sus cuerpos, porque parecían unos palos vestidos.

—Es que, nadie como U. para garbosa...

—¡Adulon! ¡vaya!... Y es cierto que la armó la Luceana con la Melchora?

—Yo no sé, ¡como me escabullí tan al comienzo!

—Se habían llamado ladronas, descasadoras y cien cosas más.

—¡Hábrase visto falsedades como éstas!

—¿Las cree U. así?... ¡Cosas mas ciertas!

—¿Será posible?

—¡Vaya! ¿Si sabré yo lo que son ellas?

—¡Ya se vé! ¡como que son muy sus amigas de U.!

—No hace mucho que llegó U. al pueblo, y no conoce de la misa la media. Si yo le contase la vida y milagros de todas, sería el cuento de nunca acabar.

—¡Vea U.!... Conozco, sin embargo, algo de eso en cuanto á los hombres. Pongo por ejemplo... ese D. Pastor, ladron convicto y confeso, y tan fachendoso... ¡si da vergüenza alargarle la mano!

Gracias á su compadrazco con el Corregidor, que salió de la cárcel mas blanco que la nieve.

—Y ese tal D. Rudecindo, ¿no fué asesino del pobre mañazo (Carnicero), a quién lo desbalijó de cuanto tenía?

—Pues, eso le sirvió para untar la mano al Corregidor y quedar libre.

—Eche U. ahora la vista sobre D. Sinforoso...

—Pendenciero como pocos, y encausado criminalmente ciento y más veces.

—D. Aquilino, D. Sebastian...

—Dados al juego y á las mujeres, que es un escándalo.

—D. Justo, D. Robustiano, D. Pastor...

—Todos, todos, ¡si son unos tramposos, ociosos y borrachos!

—Pues éstos y otros que son tales, son los que se dan ínfulas en el pueblo; y hay que guardarles consideraciones y rozarse con tales hombres!

—¡Bah! He oído que así se vive en todos nuestros pueblos; y ¿quién deja de tener su más y su ménos, D. Pacomio?

—Ola, ola: aquí se endereza D. Mateo el famoso...

Me retiro: no quiero incomodar á UU.

—Hipocritón! ¡Miren el pretexto que toma!, ¡como si yo no hubiese visto la seña que acaba de hacerle al paso la Lucía!... ¡Ea!, vaya U. hombre de Dios á pasar un buen rato con su buena pieza... ja, ja, ja.

III

UNA DE TANTAS

—¡Qué alegre está U., D^a. Emeteria!; como que la acompañaba el famoso charanguero.

—¡Quite de ahí con sus tonterías, D. Mateo! ¡si me estaba riendo de la inocencia de ese infeliz! ¿Ignoramos acaso que por dar lujo á su Lucía, se metió en un mal negocio que lo llevó á la cárcel? ¡Y tiene la sandez de hablar contra los del pueblo!

—Si sigue con esa mania, ya le quitaremos las ganas.

—¡Bien hecho!: lo merece por presumido y por tonto. Su buena moza se la pega con el forastero que llegó hace poco, y él, ciego y sordo, dale que dale con ella.

—Así somos de creídos los hombres, y UU. son unas ingratas, D^a. Emeteria.

—Vaya, que al oírlo, se creería que yo soy otra que tal. ¿Qué motivo de queja tiene U. contra mí?

—¡Si fuese á decir mis motivos!...

—¡Ea!, desembuche, pues, y no sea pesado.

—Niegue U., si se atreve, las charlas frecuentes con ese charanguero, que Dios confunda.

—¿Por qué habia de negarlo?

—¡Desleal!... ¡Sin vergüenza!

—¡Jesús! ¡Calle U!... Si mi marido regresara...

—¿Y es eso todo lo que tiene U. que decirme para defenderse?

—Pero si la cosa no merece la pena!... D. Pacomio viene á la tienda como viene todo el mundo.

—No puede U. ocultar que le da gusto con sus visitas.

—¿Puedo darle con la puerta en los hocicos?

—Siempre está U. en lisura con él.

—Porque dice cosas mas graciosas que UU.

—¡Ingrata! ¡Esa es la correspondencia al amor que le tengo!

—¡Calle U., hombre, y no me ponga esa cara de cuaresma! Sabe no más cuanto lo quiero y el tiempo que hace de esto. Si me diera la gana de pegársela con alguno, no me faltarian ciento mejores que el tal D.Pacomio. ¿Está U?

—¡Vaya!, no se me enoje... la fuerza del querer es la causa... ¿Estoy perdonado?

—Sus celos empiezan á reventarme.

—¡Luz de mis ojos!

—¡Ea!, quieto, quieto.

—No te ofenderé más.

—Sí: hasta la primera ocasión.

—Palabra de honor. ¿Estás contenta?

—Y aunque no estuviese... viene á ser lo mismo.

—¿Me perdonas?

—¡Que machaca! Sí, hombre, sí.

—¿Te dignarias darme una prueba?...

—¡Chit! Puede regresar mi marido... Pero se me ocurre una cosa... Aquí tengo estos reales de la venta de la tienda, con ellos haz preparar algo para mañana en casa de la Simona, que es mujer de secreto, y la pasaremos buena, porque mi marido se va al estreno de los molinos de D. Sebastian y no volverá hasta el día siguiente... Y, en marcha, hombre, en marcha, que urge el tiempo... ¡Jesus! ¡que pelmaza!... La verdad es que ya me empalaga... ¡Qué diferencia entre él y D. Pacomio, que toca y canta que es de oirse, y tan buen mozo y tan vivaracho!

IV

EN ÉPOCA DE ELECCIONES.

—¿Qué me dice U? ¿pues no esta julista rematado hace un año? ¡y hoy me lo encuentro un agostista acérrimo!... En cuanto á mí... es notorio... firme que firme en mi opinion.

—¡Qué opinion ni que niña muerto! Su opinion estaba en la bolsa de 2002 Bs. Que le enviaron para la compra de votos, y que los empleó U. en salir de ciertas trampas. ¡Si nos conoceremos, D. Pastor!

—Y á U. ¿cuántos le han enviado en cambio de su conciencia, D. Justo?

—Habla U. lo que le da la gana, como resentido y agraviado, porque este año no le ha caído la lotería.

—¿Llama U. lotería á los miserables 300 \$ que ha recibido de los agostistas, D. Justo? Pues, que le hagan buen provecho. Pero, sepa U., para su gobierno, que el candidato julista, de que U. ha renegado, ha sido mucho más generoso con el Cura y el Corregidor, porque á cada uno de ellos les ha enviado mil \$ para comprar votos.

—¡Diablo! No es suma despreciable ésa. Y sabe U. cuánto ofrece por voto?

—En primer lugar, jarana (Diversion) con buenos ajis, mejor chicha y moscatel de lo bueno, costeo del viaje y permanencia en la capital, y 20 \$ en plata. Y U. con sus 300 \$ ¿qué nos ofrece?

—No sea U. bromista, D. Pastor, ¡si no hay tales trescientos ni cosa que valga!... Con su permiso; cuando tropecé con U., iba á arreglar un asuntito con el Corregidor. Hasta la vista.

—¡Ea! D. Justo, D. Justo, ¿no advierte que el Cura y el Corregidor compran para el candidato julista y que U. es agente del agostista?

—¡Vaya U. al diablo con agostistas y julistas! U., yo y todos somos del que más da... ¿Qué sacamos nosotros de que sea Pedro, Juan ó Diego el que gobierne Bolivia, para venimos aquí con escrúpulos de monja?... Viva el candidato más generoso, aunque sea el mismo demonio. ¿No le parece?

—¡Bravo! D. Justo: así me gusta la jente franca. Vaya U., vaya U. á arreglar su asuntito con el Corregidor.

—¡Eh! D. Justo, oiga U.... D. Justo... ¿Qué demontres tiene que corre, haciéndose el sordo, como si llevase un cohete á la cola? ... ¿U. por aquí, D. Pastor?

—¿Para qué necesita U. á ese hombre, D. Chapaco (Sebastian)?

—¡Voto á sanes! Tiene dinero para la compra de ciudadanos, y como me veo apuradillo de reales...

—Pues, si acaba de decirme que no ha recibido un centavo!

—¡Miren el bribon! Miente y remiente como un gran bellaco que es. La culpa se la tiene quién se fia de jentes de esa calaña.

—Sobrada razon tiene U.

—Y aquí me deja plantado en un tremendo compromiso.

—Lo siento. ¿Tan urgente es el apuro?

—¡Calcule U! Nos reunimos desde anoche algunos amigos en casa de la Eduvijes, á pedir chicha al contrapunteo y á echar algunas suertes, que me han tratado como á aun negro; llega la hora de pagar el rango del gasto, y me encuentro pelado... ¡Es cosa de ahorcarse!

—El remedio está á la mano.

—Diga U.

—¿Ignora U. que el Cura y el Corregidor pagan grueso por un voto? Verdad es que exige el Cura que se jure ante un crucifijo (Histórico) por la salvacion del alma que dizque tiene uno dentro del cuerpo, y otras patrañas de ese pelaje.

—¿Hay más que jurar y perjurar como lo hicimos ya el año pasado? Lo importante es asegurar la paga. Voy volando, y gracias por el aviso, D. Pastor.

—Buen provecho le haga, y á comer á dos carrillos á costa de los candidatos... Esta es una papilla que se nos metió á la mollera de los ricos sacar á puja la presidencia. Con tan plausible motivo, hemos arrinconado el trabajo, se ha dejado de sudar para ganar el pan de cada día, y se jaranea y se bromea á gusto. ¡Viva los candidatos ricos que emborrachan de valde al pueblo!... Solo que yo a pesar de que escribí al candidato julista ofreciéndole mis servicios, he quedado lucido, sin merecerle ni tan siquiera respuesta!... y eso que hacia el sacrificio de mis opiniones. ¡Bruto de candidato!; pero, de seguro que ha de parar la oreja cuando reciba el anónimo que le he espetado contra sus agentes, el Cura y el Corregidor, para que les exija la cuenta del gasto de los mil pesos; y es cuanto al pícaro de D. Justo, tampoco se ha de quedar riendo con sus trescientos pesos. ¡Hábrase visto ladrones como ellos!

V

ENTRE COMPADRES.

—¿Quiere U. un traguito de lo puro, mi tata? (Nombre que se da en el pueblo á los sacerdotes.)

—No vendria mal; aunque esta chicha está diciendo: bebedme.

—Su comadre la hizo expresamente para U. Aquí está la copita de cingani (licor de uva.)

—A su salud.

—A la suya, mi Cura.

—Gracias. Volviendo ahora al asunto...

—Dispense U: ese asiento es incómodo...

—No, no; estoy bien.

—Pero estará U. mejor en éste, que está blandito.

—Me acorta con sus atenciones, compadre.

—¿Quién más merecedor de ellas U.?

—Es mucha su fineza... ¡Uf! ¡Que bien se está aquí!... Pero, hablando del arreglito que tenemos entre manos, ¿sabe U. que no nos trata con mucha delicadeza el candidato?

—Ya lo creo.

—¡Pedirnos rendicion de cuentas á nosotros! Lo que no se ha acostumbrado nunca.

—¡Y por la miseria de 500 \$!

—Seiscientos, compadre, seiscientos. Tratándose de números, hay que ser exacto.

—Sea: no refiiremos por pesos de más ó ménos, mi tata.

—¡Vea U!, cuando por servirlo hemos sudado la gota gorda.

—Como que de nuestras manos ha salido una chorrera de plata; ademas de que nos ha dado el triunfo mi influencia oficial.

—¡Hum!... Sí... sin duda que U. como Corregidor... y yo como Párroco...

—¡Oh!, mis humildes medios han sido nada ante los prestigios y la autoridad de U., mi Cura; así se lo he escrito al candidato.

—¡Hombre!; pues yo le he dicho otro tanto de U.

—Gracias, compadre; no esperaba ménos de su fina voluntad.

—Y, ¡vea U!, a pesar de todo parece que no han quedado contentos. ¡Jente ignorante y grosera!

—Para mí, yo creo que hay de por medio un chismosos, y nadie me saca de la cabeza que ése es D. Justo.

—Tiene U. razon. Todo se puede esperar de un tránsfuga, de un maldito de Dios.

—Yo le prometo al tal que si otra vez cae á mis manos, no saldrá tan bien librado como otras veces... ¿Otra copita, mi tata?

—Sólo por acompañar á U.

—Con mucho gusto.

—¿Famosos cingani? Es de los restos... ¿eh, compadre?

—¿Los restos de qué?

—De la remesa que hizo el candidato.

—¡Grande fue, por cierto, para que hubiese sobrado una sóla gota! En esta ocasión nos ha tratado con mucha miseria, mi tata: yo he salido endrogado en 200 \$, como lo verá U. por mis cuentas.

—Por lo visto, yo he gastado más en mis correrías y pláticas, pues mis cuentas arrojan cosa de 300 \$ á mi favor. Francamente, no habia para empezar con la roña de 500 \$.

—Seiscientos, mi Cura, seiscientos. Tratándose de números, hay que ser exacto.

—El año pasado no sucedió lo que ahora, ¡venirnos con cuentas, compadre!

—Eso es herir en lo vivo nuestra acrisolada honradez. ¿No podrá decir el candidato, que, como agentes electorales, salimos dueños de casas y fincas, como tantos otros?

—Ya nos llegará la hora de que se nos haga justicia, compadre; pero hay que reconocer el tino con que ha obrado nuestro candidato en esta ocasión, queriendo que entre U. y yo arreglásemos y aprobásemos mútuamente nuestras cuentas.

—Las mias pueden sin miedo presentarse ante la opinion pública: aquí las tiene U. perfectamente en órden.

—Las mias, que las tiene U. á la vista, desafían por su exactitud al más escrupuloso.

—¡Quién puede dudarlo, mi tata!... Voy á servir á U. un vasito de chicha.

—Acepto; porque estas historias me tienen con la garganta seca.

—Si es así, repetiremos otro.

—Cero, y van qué sé yo cuando. Verdad es que la chichita se deja tomar.

—¡Qué gusto va á tener su comadre al saber que le hace U. ese honor!

—Siempre ha dicho que mi buena comadre tiene manos *angelorum*, manos de angel, para todo cuanto sale de ellas... Con que, á la obra, compadre, á la obra: ¿dónde estan sus cuentas?

—Aquí las tienen U.

—Primera partida: 20 \$ en pollos... ¡Hum!

—¿Cree U. recargada esa partida?

—No, hombre, ¡si yo he gastado el doble!... Segunda: 3 arrobas ají... ¡Diablos!

—Nada; nada... ya verá U. mi cuenta. ¿No sé por experiencia la grosería de los hombres y lo ladronas que son las mujeres?... Dejemos á un lado el ají, el licor, los gastos menudos, á modo de decir; aquí está lo grueso: 20 votos á razon de 20 \$, compadre, si llegó U. á la capital con solo cinco ó seis votantes?

—¡Qué sé yo, mi tata! Correría la misma suerte de los treinta y tantos que U. ofreció llevar, y que no alcanzaron ni á diez.

—¡Bribonazo! Vea U. como nos hacer quedar mal á los hombres honrados! Ya no hay que contar ni con la religion, pues no han respetado ni el santo juramento que les hice prestar ante nuestro Señor crucificado.

—¡Para que vea U. lo que son los hombres!

—Prosigo: En gastos de ida, estada y regreso de los 20 votantes... que fueron seis, compadre.

—Como fueron nueve los suyos, mi tata.

—Ello no ha sido culpa nuestra. Suma...

—Este vasito de chicha; está incitante.

—Viniendo de sus manos... Suma...

—No es ésa... Olvidé una pequeña cantidad, que la he puesto abajo.

—Ya la veo. Suma total: 900 \$. De modo y manera, que se le deben á U. 300, cuando creo que acaba U. de decir que eran 200.

—Eso es sobre poco más ó ménos; pues de 200 á trescientos, ya ve U. que la diferencia es insignificante.

—Cierto. Ahora le toca á U. revisar mi legajo.

—¿No faltaría más, mi Cura! ¿Dudar yo de su honradez?

—Vea U., vea U., aunque sólo lo haga por llenar la fórmula.

—¿Puesto que U. se empeña!... Voy á complacerlo viendo tan sólo el total de los gastos... ¡Mil cien pesos!... ¡Cáspita!... ¡Quinientos á favor de U!; cuando creo que acababa U. de decir que eran trescientos.

—Eso es sobre poco más ó ménos, pues de trescientos á quinientos, la diferencia...

—¿Cierto!... ¿Tendrá U. reparo en aprobar y firmar mi cuenta?

—Firma por firma, compadre...

Aquí tiene U. en regla su legajo.

—Y aquí está el suyo, mi tata.

—¡Uf! ¡Qué bien nos vendría una copita para refrescar, despues de tanta fatiga!

—¿Qué no me lo indicó U. ya para hacer comparar cingani!... Pero, si gusta U. un vaso de chicha...

—¿Qué remedio!... A falta de pan... Gracias compadre. Le advierto que por este correo es necesario enviar sin falta nuestras cuentas al candidato, para dar un tapabocon á los chismosos. ¡Qué diferencia entre nosotros, nuestra exacta y delicada conducta, con la de los otros agentes electorales!

—Esos están acostumbrados á alzarse con el santo y la limosna... Pero, se me ocurre una duda, compadre. ¿Cree U. que el candidato se acuerde de los miserables pesejos que sale á debernos?

—No hay cuidado. ¿No ve U. que habrá elecciones el año que viene, y que por fuerza tendrá que echar mano de nosotros?

—De U. sí, mi tata; pero, ¡si me quitasen el Corregimiento!

—A ese respecto, duérmase U. sobre sus dos orejas: U., por su carácter, es el hombre que conviene al Gobierno para meter los monos á toda esta jente alborotera, y lo mantendrá en el puesto por más que la ley clame por la llamada alternabilidad. ¿No hace ya dos años que es U. Corregidor? ¡Buen caso hace el Gobierno de tales leyes! Está en su derecho, puesto que el que manda, manda; y con esto, me despido de U., mi excelente y querido compadre.

—Hasta la vista, mi respetado y digno tata.

—Y tan amigos como siempre, ¿eh?

—En vida y en muerte, mi querido Cura.

—[*Monólogo del Cura*] ¡Ladron, sin vergüenza! ¡Embolsillarse sin más ni más cosa de 700 \$!; porque me consta que no ha gastado arriba de doscientos de los 600 que se le remitieron. ¡Bonita recomendación para que se le conserve en el Corregimiento! Hombre sin ley, déspota con el mundo entero, arbitrario como ninguno, el azote del pueblo. ¡Ya me guardaría yo de confiarle ni un atado de espinas al famoso Corregidor!

—[*Monólogo del Corregidor*]. ¡Este sí que lo acertó! Se ha ganado en un *santi-amen*, largos de mil pesos, porque no alcanzan á 200 los que ha gastado de la decantada remesa de seiscientos \$. ¡Si

esos Curas son el demonio!; y meta U. pluma á las ganancias bárbaras y contra ley y conciencia que se proporciona entre sus desgraciados feligreses... ¡Qué tonto he andado yo, metido á escrupuloso!... Prometo que, para en otra, seguiré el ejemplo del tata; pero, ¡lléveme el diablo sí, en ninguna ocasión, le confiaría ni un saco de alacranes al famoso Cura!

EPÍLOGO.

Si has tenido suficiente valor, lector carísimo, para llegar hasta la última línea de esta tan verídica como compendiada historia, quedarás convencido de que, para pasar una temporada de purgatorio en esta transitoria vida, no tienes mas que venirte al pueblo de este—tu fiel y agradecido amigo—

El Novel.

Potosí, julio de 1892.